

JORGE ALEJANDRO CCOYLLURPUMA

**PARAÍSO
TROPICAL
ANDINO**



PESOPLUMA

LANZALLAMAS

Amaru alado

Que pervivan
los toros
sobre el tejado.

Caracol, amigo de la lluvia
hacedor de vientos.
Eres jardinero
de las flores más tiernas.
Eres el guardián de las estrellas
que teje su huella detenida
con fibras de aurora boreal.

Eres la flecha
de un soldado del tiempo.
Chofer de un castillo de cristal
o un jinete
intergaláctico.

Eres el pez que nada
en el lodo denso
de mi pecho.

La insignia
del banquero niño,
del amante niño,
del colibrí niño,
del zurriago niño.

Eres el pegaso,
el unicornio,
el amaru alado
que nace
de las tardes de eclipse
o cuando rebota el balón.

Nina Pichiku

Camino al lado de un león aéreo
y de un guerrero
con armas de oro transparente.

Ambos sonríen.

Yo también sonrío.

Hay árboles elásticos

y construcciones

alzadas con piedras

de una nitidez inmaculada:

fucsia

verde

rojo furioso

azul encendido

amarillo Sol.

El león aéreo

es también

un puma aéreo

gran serpiente aérea

enorme ave.

Se puede observar

la desnudez

del guerrero.

Él y yo

somos también
pumas aéreos
grandes serpientes del aire
enormes aves.

Cuando el león aéreo extiende sus alas
salpica polvo de nube galáctica.
El guerrero de armas de oro transparente
toca un violín.
Yo toco el violín también.

Somos
de chicle
de burbujas
de alfalfa
de lana
de llanto alegre
de cintas de acero
de crines
de naves ultrasónicas
de palabras
que pronuncian las piedras líquidas.

Mi madre ha nacido de las flores
mi abuelita ha escapado
de la boca de mi madre.
Ambas se acercan, llamándome:
«Nina Pichiku,
Nina Pichiku», diciendo.
Llevan un biberón de leche
y una cobija hecha

con pelusas de nube
y nos abrigan.

Cubierto,
me doy cuenta de que tengo
dos penes
dos vaginas
dos rostros luminosos
y dentro de mis bocas
74 lenguas.

Movimiento perpetuo

Nina Pichiku
ha despertado
y sin abrir todavía los ojos
puede sentir que las sábanas
se incendian al contacto
con su cuerpo.

Es un fuego armónico
el que enciende el cuerpo
de Nina Pichiku.

Recuerda
que durmió abrazado
a un acordeón.

Las alas le escuecen.
Le escuece el pene.

Nina Pichiku
comienza
a
ca
er
pro
fun
da

men
te

Soy mi propio padre ausente
y el rincón tibio de mi cama
donde pasan frío
los niños más pobres del Perú.

Entiendo que mis patillas
han demorado 23 años en aparecer
que mis dientes se alinean.
Observo la batalla de los árboles
entre mis entrañas.
Deseo con vehemencia
que los canarios muertos
y las sonrisas ocultas
sean de papel plegable.
Escapo llevándome
en la espalda
mis piernas del día anterior
mis uñas de la noche anterior
mis testículos
y mi pene suave de ayer.

Luego de quince minutos
de caída violenta
Nina Pichiku
aterriza en una playa
donde los peces son espadas

que abren el mar tibio.
Unos pumas se le acercan
con sus dientes de metal.
Nina Pichiku
desnudo
salta donde el mar está tranquilo
antes de que los pumas le envuelvan
con sus colas
el pescuezo.

En un océano de leche agria
nado hasta la media noche.
Floto. Toco
los astros como campanas
para que escuchen las flores.
Tejo el mundo. Regreso
solo y cansado
hasta la orilla.
(La sangre caliente,
el látigo,
el juego de los niños).
Reconozco los panes suspendidos en el aire
y el vapor de los tejados después de la lluvia.
Despierto.
Recojo el cráneo vacío mientras se acerca la
comparsa.
Abrazo el cráneo que hubo.
Escucho la fiesta
desde mi cama.

Vuel
ve
a
ca
er
pro
fun
da
men
te.

Toco bajo mi esternón.
Encuentro una baraja de naipes
cientos de granos de maíz.
Lloro por cada flecha disparada al cielo.

Nina Pichiku
Se ha detenido.
El vértigo se escurre de su estómago
Sanguijuelas de fuego
recorren sus huesos haciéndole cosquillas.
Nina Pichiku
siente que el pescuezo se le va a romper
como una mazorca
de vidrio.

[El eje
del mundo
se rompe

se derrumba
el centro
y el ulular de los escarabajos en sus ojos
sostiene ahora el mundo]

Nina Pichiku
ha descendido a donde nada tiene forma.

Me acurruco y susurro:
«Lo siento, nunca más».
Siento que me crecen piedras
como ampollas en el cuerpo
Me equivoco.
Alineo mi tristeza a la pared.
Amontono las piedras de mi cuerpo.

Nina Pichiku
Vu
el
ve
a
ca
er
pro
fun
da
men
te.

Elevo los ojos a un avión prendido
con alfileres al cielo.
Soy una rueda de Chicago gigante,
el helado que comparte mi madre
con su hijo un domingo
después de la misa.

Una chiquilla coreana
aparece en la puerta
del dormitorio
de Nina Pichiku
y encabritada
sonríe con el cuerpo
de dulce de leche.
Puede arrugar su vulva
como el acordeón
que Nina Pichiku
tiene entre las sábanas
y recita versos
como un héroe
al filo del edificio
más alto del Cusco.
La chiquilla coreana tiene en su bolsón
lampas cascos
martillos de goma
caramelos café
hojas de coca
misiles de cristal líquido
un continente entero

muchachos rusos
y jóvenes soldados del Perú.
La chiquilla coreana con un gesto
triste como la tos ronca
del último taushiro del mundo
como una moneda de un céntimo
comienza a recoger
lo que sacó de su bolsón.
Ella misma se mete
dentro.
Nina Pichiku
busca en sus bolsillos
encuentra una pequeña llave
que dirige a su pecho blando
y abre la cerradura.
Sangra
una explosión
de aves
luminosas.

Quiero dormir escuchando la lluvia
cuando ya nadie se resfríe.
Escuchar la locomotora de fuego
antes de que caiga por completo la tarde.
Subir al cerro Viva el Perú
y gritar:
«Tengo 23 años
cubiertos con polvo luminoso de estrella.
Mis piernas cantan.

El mundo entero
cabe
entre la hilera de mis dientes cuando muerdo».

Quiero acariciar enardecido
el hielo de las montañas
y pertenecer.
Un colibrí ha extendido sus alas
y le ha robado el fuego
a la inmortalidad de occidente.
Ha liberado nuestra fosforescencia
la armonía silenciosa de los granos del choclo
y la muchedumbre de nuestras pestañas.

Quiero reír con las piernas elevadas,
los codos disparando al cielo
y con los tambores
inventar melodías
para ayudar al viento
a empujar nuevos molinos.
Aletear
hasta desgastar la tierra
o escurrirle el color
terminar hecho astillas
o chispas de Sol.

He visto la sonrisa unánime de los dioses
y su llanto
como el llanto de las flores

o de los hombres escondidos.
Millones de cabezas no claudican,
conservan.
Es preciso regar los hombros
y la boca para hacer crecer las alas.
Le tomaré las trenzas al cielo
y le pediré al oído
con todo mi corazón
que nos llueva.